

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO.

Rector: DR. NABOR CARRILLO

Secretario General: DR. EFRÉN C. DEL POZO

Director General de Publicaciones:

HENRIQUE GONZÁLEZ CASANOVA

ARISTÓTELES

ETICA

nicomaquea

VERSIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE

A. GÓMEZ ROBLEDO

Colección 'Nuestros Clásicos',
dirigida por PABLO GONZÁLEZ CASANOVA;

secretario: TOMÁS SEGOVIA.

Serie de *Filosofía*

MÉXICO

1957 •

divertirse, es evidentemente cosa insensata y en extremo pueril, cuando en verdad lo justo parece ser el lema de Anacarsis:⁸ Diviértete para que puedas luego ocuparte de cosas serias. La diversión, en efecto, es una especie de reposo, porque, incapaces como somos ¡le trabajar continuamente, tenemos necesidad de descanso. Por ende, el descanso no es un fin, porque se toma en gracia al acto posterior.

Por otra parte, la vida feliz es, a lo que se cree, la que es conforme a la virtud, y tal vida es en serio y no en broma. Y declaramos que las cosas serias son más excelentes que los chistes y diversiones; y que en todas circunstancias es más serio el acto de la parte superior del hombre o del hombre superior; pero el acto de lo que es mejor es por sí mismo superior y contribuye más a la felicidad.

A más de esto, cualquier hombre puede gozar de los placeres del cuerpo, no menos el esclavo que el hombre superior; y sin embargo, nadie haría participar a un esclavo en la felicidad sino en la medida en que lo hiciese participar de la vida humana. No está, pues, en tales pasatiempos la felicidad, sino en los actos conformes con la virtud, como antes queda dicho.

VII

Si la felicidad es, pues, la actividad conforme a la virtud, es razonable pensar que ha de serlo conforme a la virtud más alta, la cual será la virtud de la parte mejor del hombre. Ya sea ésta la inteligencia, ya alguna otra facultad a la que por naturalezas adjudica el mando y la guía y el cobrar noticia de las * cosas bellas y divinas; y ya sea eso mismo algo divino o lo que hay de más divino en nosotros, en todo caso la actividad de esta parte ajustada a la virtud que le es propia, será la felicidad perfecta. Y ya hemos dicho antes que esta actividad es contemplativa.

Esta proposición puede aceptarse como concordante con lo dicho en los libros anteriores y con la verdad. La actividad contemplativa es, en efecto, la más alta de todas, puesto que la inteligencia es lo más alto de cuanto hay en nosotros; y de las cosas cognoscibles las más excelentes son también las que constituyen la esfera de la inteligencia. Y es, además, esta acti-

vidad la más continua, porque contemplar podemos hacerlo con mayor continuidad que otra cosa cualquiera.

Por otra parte, pensando como pensamos que el placer debe ir mezclado con la felicidad, vemos que, según se reconoce comúnmente, el más deleitoso de los actos conformes con la virtud es el ejercicio de la sabiduría. El solo afán de saber, la filosofía, encierra, según se admite, deleites maravillosos por su pureza y por su firmeza; y siendo así, es razonable admitir que el goce del saber adquirido sea mayor aún que el de su mera indagación.

A más de esto, la autosuficiencia o independencencia de que hemos hablado puede decirse que se encuentra sobre todo en la vida contemplativa. Sin duda que tanto el filósofo como el justo, no menos que los demás hombres, han menester de las cosas necesarias para la vida; pero supuesto que estén ya suficientemente provistos de ellas, el justo necesita además de otros hombres para ejercitar en ellos y con ellos la justicia, y lo mismo el temperante y el valiente y cada uno de los representantes de las demás virtudes morales, mientras que el filósofo, aun a solas consigo mismo, es capaz de contemplar, y tanto más cuanto más sabio sea. Sería mejor para él, sin duda, tener colaboradores; pero en cualquier evento es el más independiente de los hombres.

Asimismo, puede sostenerse que la vida contemplativa es la única que se ama por sí misma, porque de ella no resulta nada fuera de la contemplación, al paso que en la acción práctica nos afanamos más o menos por algún resultado extraño a la acción.

La felicidad, además, parece consistir en el reposo, pues trabajamos para reposar y guerreamos para vivir en paz. Ahora bien, los actos de las virtudes prácticas tienen lugar en la política o en la guerra; pero las acciones en estos campos parecen ser sin descanso. Las de la guerra son así enteramente, ya que nadie escoge guerrear ni prepara la guerra sólo por guerrear, pues pasaría en opinión de homicida consumado quien convirtiese en enemigos a sus amigos sólo porque hubiese combates y matanzas. Mas también la vida del político es sin descanso, y se procura en ella algo además de la mera actividad política, a saber, puestos de mando y honores, y además la felicidad para sí y sus conciudadanos; una felicidad distinta de la actividad

política, y que evidentemente la buscamos todos como algo diferente.

Si; pues, no obstante que entre las acciones virtuosas las acciones políticas y bélicas aventajan a las otras en brillantez y magnitud, carecen de hecho de todo solaz y tienden a otro fin ulterior, y no son buscadas por sí mismas; si por otra parte la actividad de la inteligencia parece superar a las demás en importancia (porque radica en la contemplación y no tiende a otro fin fuera de sí misma, y contiene además como propio un placer que aumenta la actividad); si, por ende, la independencia, el reposo y la ausencia de fatiga (en cuanto todo esto es posible al hombre) y todas las demás cosas que acostumbran atribuirse al hombre dichoso se encuentran con evidencia en esta actividad, resulta en conclusión que es ella la que puede constituir la felicidad perfecta del hombre, con tal que abarque la completa extensión de la vida, porque de todo lo que atañe a la felicidad nada puede ser incompleto.

Una vida semejante, sin embargo, podría estar quizá por encima de la condición humana, porque en ella no viviría el hombre en cuanto hombre, sino en cuanto que hay en él algo divino. Y todo lo que este elemento aventaja al compuesto humano, todo ello su acto aventaja al acto de cualquier otra virtud. Si, pues, la inteligencia es algo divino con relación al hombre, la vida según la inteligencia será también una vida divina con relación a la vida humana. Mas no por ello hay que dar oídos a quienes nos aconsejan, con pretexto de que somos hombres y mortales, que pensemos en las cosas humanas y mortales,⁹ sino que en cuanto nos sea posible hemos de inmortalizarnos y hacer todo lo que en nosotros esté para vivir según lo mejor que hay en nosotros, y que por pequeño que sea el espacio que ocupe, sobrepasa con mucho a todo el resto en poder y dignidad.

Más aún, podría sostenerse que este principio o elemento es el verdadero "ser de cada uno de nosotros, puesto que es la parte dominante y superior; de modo, pues, que sería absurdo que el hombre no escogiese la vida de sí mismo, sino la de otro ser.

Todo lo que hemos dicho anteriormente cobra ahora toda su coherencia, o sea que lo que es naturalmente lo propio de cada ser, es para él lo mejor y lo más deleitoso. Y lo mejor y

más deleitoso para el hombre es, por tanto, la vida según la inteligencia, porque esto es principalmente el hombre; y esta vida será de consiguiente la vida más feliz.

VIII

Feliz en grado secundario es la vida en consonancia con otra virtud, porque los actos de estas otras son puramente humanos. Los actos de justicia y valentía y los demás que corresponden a las distintas virtudes, los practicamos en las relaciones sociales a propósito de las transacciones y servicios mutuos y acciones de todo género, y lo mismo en las pasiones, observando en todo esto lo debido en cada circunstancia, cosas todas que constituyen obviamente la vida humana. En algunos casos inclusive la virtud moral parece resultar de la constitución del cuerpo, así como en otros muchos mantiene estrecha afinidad con las pasiones. La prudencia, además, va unida a la virtud moral y ésta a la prudencia, puesto que los principios de la prudencia están en consonancia con las virtudes morales, y la rectitud en lo moral depende a su vez de la prudencia. Ligadas, pues, como están las virtudes morales con las pasiones, deberán estar en relación con el compuesto humano; y las virtudes del compuesto, por ende, son simplemente humanas. De consiguiente, también lo serán la vida que es conforme a ellas y la respectiva felicidad. Mas la felicidad de la inteligencia es cosa aparte. Y baste con lo dicho en lo tocante a ella: apurar más este punto sería excedernos de nuestro actual propósito.

La felicidad de la vida intelectual, a lo que parece, en poco ha menester de recursos exteriores, o en todo caso en grado menor que la felicidad propia de la vida moral. Puede admitirse que ambas necesitan por igual de las cosas necesarias a la vida biológica (pues aunque el político se afana más por el cuidado de su cuerpo y por otras cosas de esta índole, hay en esto poca diferencia); pero en lo que concierne a los actos mismos, en mucho difieren una y otra vida. El hombre liberal, en efecto, tendrá necesidad de bienes económicos para ejercitar la liberalidad, y el justo lo mismo para corresponder a lo que de otros ha recibido, porque las intenciones son invisibles, y aun los hombres injustos fingen querer practicar la justicia. Por su parte el hombre valiente tendrá necesidad de vigor corporal si ha de

consumar alguno de los actos conforme a la virtud que le distingue; y aun el temperante debe tener oportunidad de desenfreno, pues de otro modo ¿cómo podría mostrar lo que es él mismo o el sujeto de cualquiera otra de las virtudes? Puede discutirse, sin duda, si en la virtud lo principal es la intención o los actos, dado que en ambas cosas consiste; y es claro también que si es completa ha de encontrarse en ambos extremos; pero ya en lo que se refiere a los actos, de muchas cosas ha menester la virtud moral, y tanto mayor ha de ser su número cuanto los actos sean más grandes y hermosos.

Mas el contemplador ninguna necesidad tiene de tales cosas para su acto, sino que aun podría decirse que son estorbo para la contemplación. Con todo, en la medida en que tal hombre vive en cuanto hombre y convive con los demás, ha de optar también por practicar los actos correspondientes a la virtud moral, y consecuentemente tendrá necesidad de aquellos bienes para vivir según su condición de hombre.

Que la felicidad perfecta consista en cierta actividad contemplativa, podrá verse también por lo que sigue. Los dioses son, según nuestra manera de representárnoslos, supremamente bienaventurados y dichosos. Pues bien ¿qué actos habrá que atribuirles? ¿Serán acaso actos de justicia? Mas ¿no serían ridículos si nos los representásemos haciendo contratos, devolviendo depósitos y otras cosas de este género? ¿O bien habrá que atribuirles los *actos* propios de los hombres valientes, es decir, fingirlos afrontando terrores y arrostrando peligros por motivo de honor? ¿O les reconoceremos actos de liberalidad? ¿A quién otorgarían sus dones? Absurdo sería decir que entre ellos hay moneda o algo semejante. Y en cuanto a las acciones de los hombres temperantes ¿cómo podrían darse entre ellos? ¿No sería elogio menguado el alabarles por esto, puesto que los dioses no tienen malos deseos? Y si hubiésemos de recorrer todas las virtudes, veríamos que todo cuanto atañe a la acción moral es mezquino e indigno de los dioses. Con todo ello, todos creen que ellos viven, y por tanto que obran, pues no se piensa que estén dormidos como Endimión. Pero entonces, si a un viviente se le quita el obrar, y más aún el hacer ¿qué otra cosa le queda fuera de la contemplación? Así pues, el acto de Dios, acto de incomparable bienaventuranza, no puede ser

sino un acto contemplativo. Y de los actos humanos el más dichoso será el que más cerca pueda estar de aquel acto divino.

Otra prueba de lo dicho es aún el hecho de que los demás vivientes no participan de la felicidad porque están en absoluto privados del acto de la contemplación. Pues así como para los dioses su vida entera es bienaventurada, y para los hombres lo es en la medida en que hay en ellos alguna semejanza de la actividad divina, de los demás vivientes, en cambio, ni uno solo es feliz, porque en manera alguna tienen parte en la contemplación. La felicidad, por tanto, es coextensiva a la contemplación; y los seres en quienes en mayor grado se encuentra el ejercicio de la contemplación, son también los más felices, y esto no por accidente, sino como algo inherente a la contemplación, pues ésta es por sí misma digna de respeto. La felicidad, de consiguiente, es una forma de contemplación.

El hombre contemplativo, con todo, tendrá necesidad, a fuer de hombre, de cierto bienestar exterior, como quiera que la naturaleza humana no se basta a sí misma para contemplar, sino que es preciso además que el cuerpo esté s^{no} y que se le dé alimento y otros cuidados. Mas no por ello ha de pensarse que, así como no es posible ser del todo dichoso sin los bienes exteriorpres, así también tenga necesidad de muchos y grandes bienes el que haya de ser feliz, porque ni la independencia ni la actividad humanas están en el exceso. Posible es al hombre llevar a término bellas empresas sin dominar la tierra y el mar; con recursos mediocres puede cualquiera obrar según la virtud. Puede esto apreciarse claramente del hecho de que los particulares, según se reconoce, ejecutan acciones virtuosas no menos que los potentados, antes más aún. Basta, pues, con tener los recursos módicos que hemos indicado; con ellos será feliz la vida del que obre conforme a la virtud. Solón¹⁰ mostró sin duda justamente la condición del hombre feliz cuando dijo que, en su opinión, lo son los que, medianamente dotados de bienes exteriores, han ejecutado las más bellas acciones y vivido templadamente. Posible es, por tanto, que un hombre de mediana fortuna haga todo lo que conviene. Anaxágoras^{XI} asimismo no parece tampoco haber creído que el hombre feliz fuese el rico o el poderoso, al decir que no le sorprendería que el hombre feliz pasase por extravagante a los ojos del vulgo, porque éste juzga por las cosas exteriores, **que** son las únicas que **percibe**.

Así pues, las opiniones de los sabios parecen concordar con nuestros razonamientos.

Todas estas teorías tienen ciertamente alguna credibilidad. En las cosas prácticas, sin embargo, la verdad se comprueba por los hechos y por la vida, que son en este dominio el criterio decisivo. Así pues, es preciso examinar las anteriores doctrinas refiriéndolas a los hechos y a la vida, aceptándolas si están "en armonía con los hechos, y teniéndolas por meras palabras si se hallan en disonancia.

El hombre que desenvuelve su energía espiritual y que cultiva su inteligencia, es de creerse que sea a la vez el mejor dispuesto de los hombres y el más amado de los dioses. Si, como puede admitirse, los dioses toman algún cuidado de las cosas humanas, parece puesto en razón que reciban contento de lo que es en el hombre lo mejor y lo más próximo a ellos (es a saber la inteligencia), y también que recompensen a los hombres que aman y honran sobre todo este divino principio, pues que éstos cuidan lo que los dioses aman, y se conducen con rectitud y nobleza. Que todos estos atributos se encuentren sobre todo en el filósofo, no es difícil verlo. Por ende, él es el más amado de los dioses, y también naturalmente el más feliz; y de este modo, aun por este concepto, el filósofo será el más feliz de los hombres.

IX

Una vez, pues, que hemos disertado ampliamente sobre estos problemas, como también sobre las virtudes, y lo mismo sobre la amistad y el placer en sus aspectos más generales, ¿hemos de creer que nuestro propósito ha alcanzado su término? ¿O no más bien —como hemos dicho—• en las cosas que tocan a la práctica el término final no es el contemplarlas y conocerlas todas y cada una, sino el hacerlas? Pues si así es, no es suficiente el saber teórico de la virtud, sino que hay que esforzarse por tenerla y servirse de ella, o de algún otro modo hacernos hombres de bien.

Si los discursos fueran bastantes para hacernos virtuosos, muchos y grandes premios llevarían en justicia consigo (como dice Teognis)¹² y no sería preciso sino hacer de ellos acopio. Mas como van las cosas, no parecen las teorías tener otro poder

que el de inclinar y excitar a los jóvenes dotados de un alma libre, contribuyendo a que la virtud tome entera posesión de un carácter bien nacido y verdaderamente amante de lo bello; pero son incapaces de inducir a la multitud a la belleza moral. Pues los hombres en su mayoría no han nacido para obedecer al honor, sino al temor, ni está en su condición apartarse del mal por ser deshonoroso, sino por el castigo. Viviendo como viven por la pasión, persiguen los placeres acomodados a su naturaleza y los medios de procurárselos, huyendo de las molestias contrarias, pero sin tener noción de lo bello ni de lo verdaderamente deleitable, incapaces como son de gustarlo. ¿Qué discurso podría mudar el ritmo vital de tales gentes? Difícil es, si no imposible, dislocar por la palabra hábitos arraigados de antiguo en el carácter. Y aun por ventura nos hemos de tener por contentos si, teniendo a mano todas las cosas que para ser buenos parece que habernos menester, abrazamos aun entonces la virtud.

Ahora bien, unos son de opinión que los hombres se hacen buenos por naturaleza, otros que por costumbre, otros que por magisterio. En lo que hace al buen natural, es claro que no es algo que dependa de nosotros, sino que por alguna causa divina se encuentra en los que podemos verdaderamente llamar favorecidos de la suerte. Y en cuanto a la palabra y el magisterio, es de temer que no en todos tengan la misma fuerza, sino que es menester haber previamente cultivado con hábitos el alma del discípulo para que proceda rectamente en sus goces y en sus odios, como se hace con la tierra que ha de nutrir la semilla. De otro modo, el que vivió según sus pasiones no prestará oídos a los argumentos que traten de apartarlo de ellas, ni los comprenderá siquiera; y ¿cómo sería posible hacer mudar de opinión a quien está así dispuesto?

En general no parece que la pasión pueda ceder a la razón, sino a la fuerza. Es preciso, en consecuencia, preparar de algún modo el carácter haciéndolo familiar con la virtud y enseñándole a amar lo bello y aborrecer lo vergonzoso. Pero es difícil recibir desde la adolescencia una recta dirección enderezada a la virtud sin haberse criado bajo leyes adecuadas, porque no es agradable a la multitud, ni menos a los jóvenes, vivir en templanza y dureza. De consiguiente, las leyes deben regular la educación y los oficios juveniles, que no serán ya penosos una

vez que se hayan vuelto habituales. Pero tampoco, sin duda, basta que los hombres reciban en su juventud una educación y disciplina adecuadas, sino que es menester que al llegar a la plenitud viril practiquen esos preceptos y se acostumbren a ellos; y también para esto tenemos necesidad de leyes, y en general para toda la vida, porque los hombres por lo común obedecen más a la coacción que a la razón, y al castigo más que al honor. Y por esto piensan algunos¹³ que así como los legisladores deben exhortar a la virtud e inclinar a ella por la sola consideración del bien (en la hipótesis de que obedecerán los que hayan sido ya inducidos a hábitos virtuosos)) así también deben imponer penas y sanciones a los desobedientes y de mala condición; y en cuanto a los incurables, desterrarlos en absoluto.¹⁴ Pues, según arguyen, el hombre honesto y que vive para el bien se sujeta a la razón; pero al malo que va tras el placer hay que castigarlo con la pena como a una bestia de carga. Y por esto añaden que las penas que se apliquen deben ser las que más se opongan a los placeres favoritos.

Si, pues, como hemos dicho, es preciso que reciba buena crianza y buenos hábitos el que haya de ser hombre de bien; si ha de vivir después en quehaceres honestos y no hacer el mal ni voluntaria ni involuntariamente, todo esto no podrá obtenerse si los hombres no son compelidos por cierta razón y mandamiento recto, investido de fuerza. Ahora bien, la patria potestad no tiene esta fuerza ni esta necesidad; ni las tiene en general la autoridad de un hombre solo, a menos que sea rey o algo semejante; mas la ley sí tiene poder coercitivo, puesto que es la expresión de una peculiar prudencia y razón. A los hombres que se oponen a nuestros impulsos los tenemos por enemigos, aunque en ello procedan rectamente; pero la ley no es odiosa cuando prescribe lo justo. Mas sólo en la ciudad de Esparta, con pocas más, el legislador parece haberse cuidado de la educación y los quehaceres de los ciudadanos, cuando en la mayoría de las ciudades se han mirado estos asuntos con desprecio, y viviendo cada cual como le place y gobernando a su mujer ya sus hijos a la manera de los cíclopes.¹⁸

Lo mejor sería que en esto hubiese una adecuada asistencia pública. Mas cuando la comunidad se desinteresa de esto, puede admitirse que a cada cual corresponde asistir a sus hijos y amigos en la práctica de la virtud, con las facultades necesarias

para llevarlo a cabo o por lo menos para procurarlo. Parece, sin embargo, por lo que hemos dicho, que quien podrá hacerlo mejor será el hombre que, animado de tales propósitos, llegue a ser legislador, pues es claro que si los reglamentos comunes son establecidos por las leyes, los reglamentos satisfactorios son los debidos a las buenas leyes. Y nada importa, al parecer, que se trate de leyes escritas o no escritas; ni que mediante ellas sea uno solo o muchos los que hayan de educarse, ni tampoco que se trate de música o gimnástica u otros ejercicios. Pues así como los preceptos legales y las costumbres tienen vigencia en las ciudades, así también las admoniciones y hábitos paternos la tienen en los hogares, y tanto más cuanto que intervienen el parentesco y los beneficios, como quiera que por naturaleza los hijos están dispuestos a amar y obedecer a sus padres.

A más de esto, la educación individual puede diferir con ventaja de la colectiva, como pasa en la medicina. Al calentamiento en general le aprovecha el reposo y la abstinencia, pero a tal persona podrá no serle de provecho; y ciertamente el maestro de pugilato no prescribe el mismo estilo de lucha a todos sus discípulos. Puede admitirse, por tanto, que la asistencia individual alcanzará resultados más precisos en cada caso particular, porque cada cual alcanza entonces lo que más le conviene. Sin embargo, los mejores cuidados, aun en casos individuales, podrá prestarlos el médico, el maestro de gimnástica y otra persona cualquiera que tenga conocimiento general de lo que conviene a todos o a cierta clase; las ciencias, en efecto, son de lo universal, como sus nombres lo indican. En absoluto, nada impediría tratar como conviene un caso particular aun para un hombre privado de la ciencia, a condición de haber observado experimentalmente y con todo cuidado los resultados en cada caso; y es así como algunas personas parecen ser para sí los mejores médicos, y que serían incapaces de venir en auxilio de otros. Mas con todo, habrá que convenir en que todo el que quiera ser perito en algún arte o ciencia ha de remontar al principio general y conocerlo tanto como sea posible, porque, como queda dicho, este es el objeto de las ciencias. Pues así también conjeturamos que todo el que quiera hacer mejores a sus semejantes por la educación, ya se trate de muchos o de pocos, debe esforzarse por hacerse legislador, si en verdad es por las leyes como podemos hacernos hombres de

bien. No es de la competencia de cualquiera conformar bien el carácter de cualquier persona que se le confíe, sino —si es que alguno puede hacerlo— del que sabe, como en la medicina y en las otras disciplinas que requieren para su ejercicio cierto tratamiento }/ prudencia.

Después de esto ¿no habrá que considerar de dónde o cómo podrá uno hacerse legislador? ¿Será como en las otras ciencias, es decir, recibiendo esta disciplina de los políticos, puesto que, según veíamos, la legislación es una parte de la política? O por el contrario ¿no habrá una diferencia ostensible entre la política y las demás ciencias y facultades? En estas otras, en efecto, se ve que son los mismos los que imparten una facultad y los que la practican, como es el caso de los médicos y los pintores, al paso que en política los sofistas hacen profesión de enseñarla, mas ninguno de ellos la practica, sino que quienes lo hacen son los políticos, los cuales la ponen por obra, al parecer, más bien por cierta facultad natural y con ayuda de la experiencia, que por un razonamiento abstracto. No vemos a los políticos escribir ni hablar sobre estos tópicos (lo cual sería por cierto cosa más bella que pronunciar arengas ante los tribunales y el pueblo), ni vemos tampoco que hayan hecho a sus hijos hombres de Estado o a algunos de sus amigos. Y, sin embargo, es razonable pensar que no habrían dejado de hacerlo si hubiesen podido, porque ningún legado habría sido mejor para su ciudad, ni podrían haber deseado nada mejor que la competencia política para sí mismos o para los seres que les son más queridos. Por lo demás, es evidente que no poco contribuye la experiencia; de otro modo no se formarían los políticos, como de hecho se forman, por la familiaridad con la política; y así, no puede dudarse que quienes aspiran a la ciencia política han menester también de la práctica. Mas los sofistas, que hacen profesión de enseñar esta ciencia, están muy distantes de hacerlo, porque no saben en absoluto ni qué es ni a qué cosas se aplica; si así no fuese, no la hubieran confundido con la retórica o inclusive puesto por debajo de ella.¹⁶ Ni se imaginarían tampoco que es cosa fácil promulgar una legislación con sólo reunir las leyes que han merecido aprobación, eligiendo las mejores de ellas, como si la selección no fuese ya una obra de comprensión, y el recto juicio el punto capital, lo mismo que en las obras musicales. Son los expertos en cada arte los que

pueden apreciar correctamente sus producciones y entender los medios y el método para alcanzar en ellas la perfección, y cuáles elementos armonizan con cuáles otros. En cuanto a los aficionados inexpertos, deben contentarse con que no se les escape si la obra ha sido bien o mal ejecutada, como, por ejemplo, en pintura. Ahora bien, las leyes son, por decirlo así, las obras del arte política. ¿Cómo, pues, por la sola colección de ellas podrá uno hacerse legislador o siquiera juzgar cuáles son las mejores? Pues no vemos que los médicos resulten hábiles por el solo estudio de los recetarios. Y, sin embargo, se busca en éstos no sólo indicar la terapéutica general, sino métodos de curación y tratamientos apropiados a casos particulares, distinguiendo los diversos temperamentos. Mas todo esto, que puede estimarse de provecho para los expertos, es del todo inútil para quienes no poseen la ciencia. Así también, las compilaciones de leyes y constituciones son sin duda de gran utilidad para los que están ya en aptitud de estudiarlas y de apreciar en ellas lo que está bien o lo que está mal, así como cuáles leyes son aplicables en tales o cuales circunstancias. Pero los que sin estos hábitos recorren tales compilaciones, no están en aptitud de juzgar acertadamente, a no ser por instinto, por más que puedan tal vez con dicho estudio aguzar un tanto su inteligencia política.

Por tanto, habiendo omitido nuestros predecesores explorar el dominio de la legislación, tendrá quizá algún valor que nosotros mismos lo consideremos, juntamente con toda la materia de la constitución política, para llevar así a su acabamiento, en cuanto nos sea posible, la filosofía de las cosas humanas.

Y en primer lugar, nos esforzaremos en hacer una revisión de todo lo que con acierto, aunque fragmentariamente, dijeron nuestros precursores. En seguida procuraremos ver, entre las constituciones que hemos reunido,¹⁷ cuáles instituciones pueden conservar y cuáles estragar las ciudades y producir efectos semejantes en las constituciones en particular; y por qué causas unas ciudades están bien gobernadas, y otras lo contrario. Y una vez considerados estos puntos, discerniremos mejor quizá cuál es la constitución más excelente, y cómo debe implantarse cada una en particular, y de qué leyes y costumbres se ha de echar mano. Digamos, pues, para empezar...